Cortines en Grandas:
lo que el mapa nos cuenta cuando se cruza con el monte

Hay construcciones tradicionales que uno mira muchas veces sin llegar a verlas del todo. Están ahí, en mitad de la ladera, medio comidas por la maleza, medio confundidas con la piedra del lugar. Desde lejos parecen una ruina más. Un círculo de mampostería. Un resto de algo antiguo. Pero cuando uno empieza a localizarlas, a compararlas entre sí y a colocarlas sobre el relieve, dejan de ser un montón de piedras y empiezan a contar una historia.

Eso ocurre con los cortines.

En el occidente asturiano, el cortín no era un capricho constructivo ni un elemento aislado del paisaje. Era una pieza funcional dentro de la apicultura tradicional. El Museo Etnográfico de Grandas de Salime lo define como un cerramiento de mampostería, circular u ovalado, rematado con losas voladas, destinado a proteger las colmenas del fuego, del robo y del ataque del oso. El museo añade además dos detalles decisivos: los cortinos se construyen en pendiente y su emplazamiento se escogía con cuidado, buscando laderas orientadas a mediodía y resguardadas de determinados vientos.

Hasta aquí, la teoría.

Pero una cosa es la definición y otra ver si eso se cumple realmente cuando uno pone los puntos sobre el mapa. Así que en lugar de quedarnos en la descripción general, hemos trabajado con una muestra de 86 cortines localizados en Grandas de Salime, cruzando su posición con un modelo digital del terreno para obtener tres variables básicas: altitud, pendiente y orientación.

Y lo interesante es que los datos, lejos de embarrar la intuición, la confirman bastante bien.

No están en cualquier sitio

A veces se habla del paisaje tradicional como si hubiese sido el resultado de una adaptación vaga, casi instintiva, sin demasiada lógica espacial. Algo así como ir colocando cosas donde se podía y arreglarse con lo que hubiera. Pero al mirar la distribución de los cortines esa imagen se viene abajo.

Los cortines no aparecen dispersos sin orden ni concierto. Tampoco ocupan indistintamente cualquier rincón del término municipal. Al contrario: se concentran en un tipo de lugar bastante reconocible. Media ladera, cotas moderadas, terreno inclinado y orientación favorable al sol.

No es poco.

La pendiente: el cortín no busca el llano

El primer dato llama la atención enseguida. De los 86 cortines analizados, 61 se sitúan en pendientes entre el 50% y el 99%, y otros 17 en pendientes del 30% al 49%. Es decir, más del 90% de la muestra aparece en laderas claramente inclinadas.

Solo uno cae en una pendiente inferior al 10%, mientras que cuatro superan el 100%.

Traducido a lenguaje normal: el cortín grandalés no se instala en el llano. Vive en la ladera.

Eso no significa, conviene decirlo, que “prefiera” la pendiente de manera absoluta en sentido estadístico fino. Para afirmar eso con total seguridad habría que comparar la localización de los cortines con la distribución de pendientes del conjunto del concejo. Pero sí permite sostener algo importante: estas construcciones forman parte de un paisaje de montaña real, no de una postal agraria suavizada.

Y además encaja con lo que ya recogen las fuentes. El Museo de Grandas señala expresamente que los cortinos se levantaban en pendiente, aprovechando el desnivel interior para crear rellanos o repisas escalonadas donde asentar las colmenas.

Hay aquí una lección interesante. Muchas veces pensamos la arquitectura tradicional como si evitara el terreno difícil. En realidad, en comarcas como esta, hacía justo lo contrario: lo asumía, lo negociaba y lo convertía en parte del diseño.

La altitud: ni en el fondo ni en las alturas extremas

La altitud también dibuja un patrón bastante claro.

El intervalo con más cortines es el de 400 a 599 metros, con 38 casos. Por debajo de 400 metros aparecen 25. Entre 600 y 799 metros, otros 19. Y a partir de ahí la cosa cae en picado: solo 4 entre 800 y 999 metros, y ninguno por encima de 1000.

Dicho de otra manera: los cortines se concentran en cotas bajas y medias, no en las zonas más altas y rigurosas del relieve.

Eso tiene bastante sentido. Una instalación pensada para proteger colmenas y favorecer su rendimiento no parece tener mucho que ganar en cotas extremas, más frías, más expuestas y más tardías desde el punto de vista fenológico. Sin necesidad de imaginar una teoría climática sofisticada, lo razonable es pensar en una suma de experiencia práctica: lugares menos duros, más accesibles y mejor integrados en el espacio trabajado y habitado.

No es casualidad que casi tres cuartas partes de la muestra se concentren por debajo de los 600 metros.

La orientación: aquí el patrón ya no susurra, habla

Si la pendiente apunta una tendencia y la altitud la refuerza, la orientación ya la deja bastante clara.

Sumando los cortines orientados al sureste, sur y suroeste, obtenemos 48 casos, es decir, el 55,8% del total. Más de la mitad.

El sureste, por sí solo, reúne 21 cortines y es la orientación más frecuente de toda la muestra. En cambio, las orientaciones norte y nordeste apenas suman cinco casos entre ambas.

Aquí los datos de campo encajan de manera muy limpia con lo que dicen las fuentes etnográficas. La bibliografía sobre apicultura tradicional asturiana señala que la orientación de solana era una constante, y el glosario de arquitectura tradicional del noroeste insiste en que la ubicación de estas construcciones venía determinada por la solana y por el terreno inclinado, que facilitaba tanto la insolación como la disposición escalonada de las colmenas.

Incluso una referencia local del Camino Primitivo, al describir el entorno de Grandas de Salime, menciona expresamente un cortín situado en una ladera de solana.

Aquí sí puede decirse sin demasiados rodeos: el patrón que sale del análisis no contradice la tradición descrita en las fuentes, sino que la respalda con números.

El cortín busca el sol, pero no vive en un laboratorio

Conviene no simplificar demasiado.

Que predominen las orientaciones de componente sur no significa que todos los cortines estén clavados en la misma fórmula perfecta. También los hay hacia el oeste, hacia el este e incluso hacia orientaciones menos favorables. El paisaje real nunca se deja reducir del todo a una regla geométrica. Hay condicionantes de propiedad, cercanía a caminos, disponibilidad de piedra, relación con los núcleos de población, abrigo frente al viento, presencia de flora melífera o proximidad de agua.

El propio Museo de Grandas señala precisamente eso: el emplazamiento se elegía con cuidado, atendiendo a la orientación, al abrigo y a la riqueza melífera del monte.

Pero una cosa no quita la otra. Puede haber matices, excepciones y condicionantes locales, y aun así el patrón general seguir siendo inequívoco. Y aquí lo es.

Cuando los datos de campo confirman la lógica del territorio

Lo más interesante de este trabajo no es solo que los cortines se agrupen en determinadas pendientes o en determinadas orientaciones. Lo más interesante es que, al hacerlo, dejan ver una lógica territorial.

Los datos sugieren que el cortín se instala preferentemente en un espacio muy concreto: laderas de media montaña, bien expuestas al sol, sin subir a las cotas más altas y sin buscar los fondos llanos. Es decir, en una franja del territorio que equilibra abrigo, insolación, funcionalidad y relación con el paisaje humanizado.

Eso encaja muy bien con lo que uno esperaría de una construcción pensada no solo para resistir al oso, sino para mantener colmenas en condiciones razonables dentro de un medio duro.

Al final, el cortín no es solo una cerca de piedra. Es una decisión espacial. Y cuando juntas muchas de esas decisiones sobre el mapa, aparece una inteligencia práctica afinada durante generaciones.

Una cautela necesaria

Hay que decir también lo que este análisis todavía no demuestra.

Nuestros datos permiten hablar de un patrón claro dentro de la muestra estudiada, pero para afirmar con toda rotundidad que existe una preferencia locacional en sentido estricto habría que comparar esos 86 cortines con el conjunto del relieve del concejo: cuánta superficie hay en cada franja de pendiente, en cada banda altitudinal y en cada orientación.

Eso sería el siguiente paso.

Porque puede ocurrir que parte de lo que vemos responda simplemente a cómo es Grandas de Salime: un territorio montañoso, abrupto, de laderas muchas veces orientadas de cierta manera. Aun así, incluso con esa cautela, hay algo que ya parece bastante difícil de negar: los cortines no están donde están por casualidad.

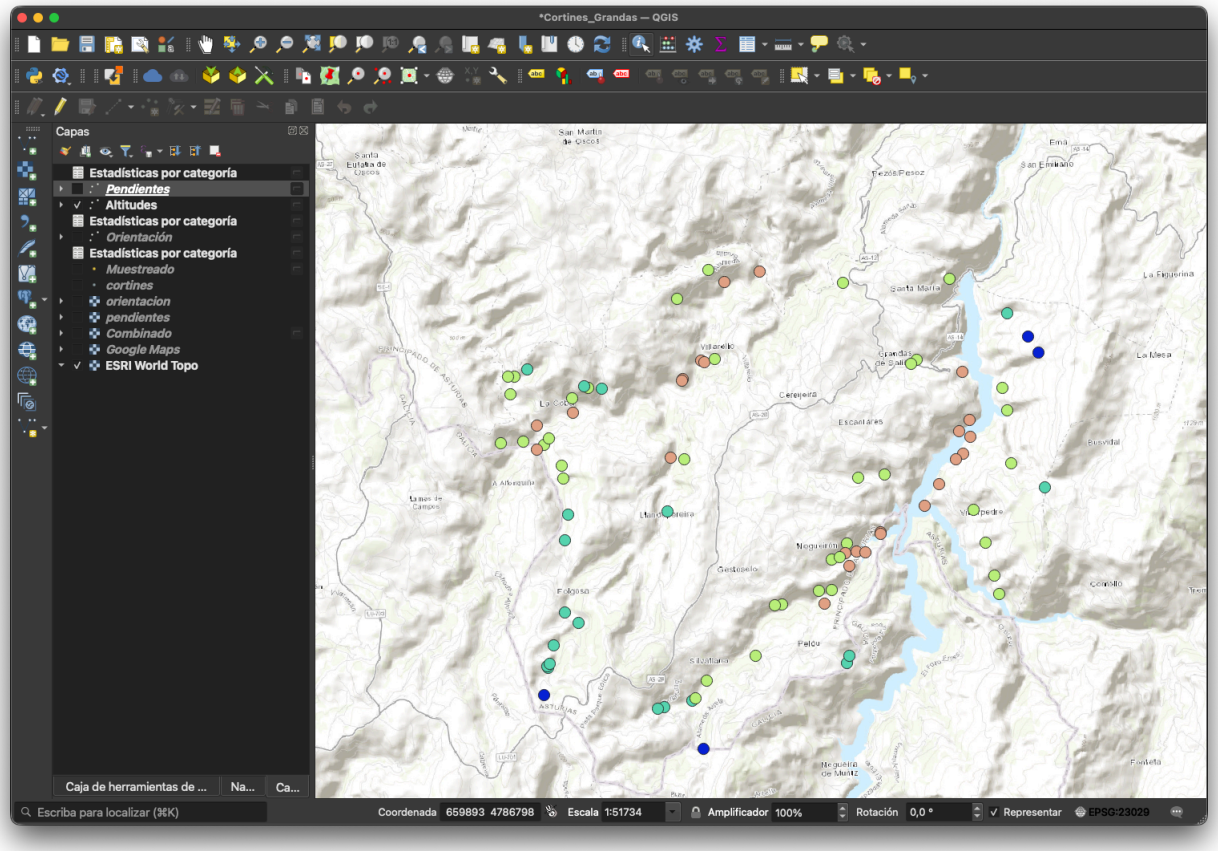
En resumen

Si hubiera que resumir todo esto en una sola frase, sería esta:

el cortín grandalés mira al sol desde la ladera.

No busca las alturas más extremas. No se instala mayoritariamente en llano. No parece sentirse especialmente atraído por las umbrías. Se sitúa, una y otra vez, en un tipo de lugar que el paisaje tradicional del occidente asturiano reconocía como favorable.

Y eso, cuando sale del cruce entre observación de campo y análisis cartográfico, tiene un valor especial. Porque deja de ser una impresión bonita para convertirse en algo un poco más sólido: una hipótesis respaldada por datos.

La piedra, cuando se la escucha con mapa y terreno a la vez, habla bastante más de lo que parece.

Roberto Naveiras Garcia
Grandas de Salime)Asturias)